

Domingo 17: La Maravilla de la Pascua

Pregunta y Respuesta 45

Lectura: Salmo 16

Salterios:

Primero: 29:1-2

Segundo: 318:1,3,5,6

Tercero: 32:1-4

Cuarto: 73:5,6

Último: 203:1,4

Querida congregación,

El Salmo 16 es un poema que habla acerca de la resurrección de Jesucristo. Es un pasaje de las Escrituras al que se hace referencia al menos dos veces en el Nuevo Testamento. ¿No fue este salmo el que citó el apóstol Pedro en el día de Pentecostés para probar que Cristo tenía que resucitar de entre los muertos? Aunque el Señor Jesús había muerto y Su cuerpo había sido confiado al sepulcro, no podía quedarse allí. Pedro se refiere a las palabras proféticas de David en el Salmo 16: *“porque no dejarás mi alma en el sepulcro ni permitirás que tu Santo vea corrupción”* (Salmo 16:10). Estas palabras no podían aplicarse a David mismo, porque él nunca resucitó de entre los muertos; sin embargo, David habló de su gran Hijo y Señor, el Mesías prometido. ¿No fue el mismo salmo al que el apóstol Pablo se refirió en Hechos 13? Guiados por el Espíritu Santo, estos hombres de Dios interpretaron el Salmo 16 a la luz de la resurrección de Jesús. Hablaron de este como de una profecía. Cristo no se quedaría en el sepulcro; el Santo de Dios no vería la corrupción.

Así, el Señor Jesús es el Gran Vencedor sobre la muerte y el infierno. ¿Por qué resucitó? Fue para recibir la herencia de Su Padre y entregarla a Su iglesia. El Salmo 16 habla acerca de una herencia maravillosa. Dice: *“Las cuerdas me cayeron en lugares deleitosos; asimismo es hermosa la heredad que me ha tocado”* (Salmo 16:6). La imagen utilizada aquí es muy hermosa. Cuando se repartía una herencia, se usaban cuerdas para determinar qué parcela o porción de tierra correspondía a cada persona. David declara: *“Las cuerdas me cayeron en lugares deleitosos; asimismo es hermosa la heredad que me ha tocado”*. Si le preguntáramos a David: “Ven, dinos, ¿cuál es tu heredad? Muéstranos la parcela de tierra que has recibido”, quizás sacudiría la cabeza y señalaría hacia arriba; y esto es lo que él diría: “Dios es mi herencia. No tengo nada de valor duradero en este mundo, pero el Señor es mi herencia. Sí, *‘Bendeciré a Jehová que me aconseja ... [Él] es la porción de mi herencia y de mi copa; tú sustentas mi suerte’*” (versículos 7 y 5).

¡Cuán deplorable es nuestra condición cuando debemos sustentar nuestra *propia* suerte, o cuando *Satanás* sustenta nuestra suerte! Por otro lado, ¡cuán grande y gloriosa bendición es cuando *Jehová* sustenta nuestra suerte y nosotros podemos recibir esa herencia celestial! A todos nos gusta recibir una buena herencia; nadie jamás objetará una herencia que nos haga ricos en un sentido material. ¡Pero cuán necios somos si fundamos nuestra esperanza en ello! Vamos a dejar todo de este mundo atrás. No hay nada que podamos llevar con nosotros. Hay solo una herencia que viajará con nosotros más allá de la muerte y del sepulcro. Es la porción de los hijos de Dios.

Otra parte de la herencia mencionada en el Salmo 16 es una nueva vida. Esa nueva vida no es solamente algo para el futuro, sino que ya se experimenta en este lado de la tumba. Es una vida que hace que el alma anhele al Señor y a Su pueblo (versículos 2-3), una vida que se opone al pecado (versículo 4) y una vida que une a los hijos de Dios al trono de la gracia. Es una vida que procede de Dios y que nunca termina.

En el versículo 11, David dice: *“Me harás conocer la senda de la vida; plenitud de gozo hay en tu presencia, deleites en tu diestra para siempre.”* Ese es el glorioso futuro de la iglesia viviente. Entrarán en la presencia de Dios al morir, y en esa presencia hay plenitud de gozo. Incluso aquí, a veces, pueden probar un gozo que no puede ser medido: un gozo en Dios, un gozo inefable. Sin embargo, ese gozo es interrumpido una y otra vez. El Señor guía a Su pueblo con llantos y suplicas. Pero el día en que serán guiados con gozo a la presencia del Señor se acerca. Allí se cumplirá: *“deleites [hay] en tu diestra para siempre”*.

¿Quién los guiará a la presencia del Señor? Será Aquel que fue por delante para preparar un lugar para ellos: el Señor Jesucristo. Él ya está a la diestra de Su Padre. Él es la Cabeza del cuerpo, la iglesia. Él protege a Su cuerpo en este mundo. Incluso cuando pasan por las aguas, no los anegarán; e incluso si pasan por el fuego, no se quemarán (Isaías 43:2). Él los llevará a aquella tierra lejana donde verán al Rey en Su hermosura (Isaías 33:17). ¿Saben por qué? Porque Él murió y resucitó por ellos. Él es el Salvador viviente. ¡Oh, eso contiene tantas cosas! Que el Señor nos ayude a hablar un poco de ello cuando prestamos nuestra atención al Domingo 17 de nuestro Catecismo de Heidelberg. Leemos la Pregunta 45.

Pregunta 45: ¿Qué nos aprovecha la resurrección de Cristo?

Respuesta: Primero: Por Su resurrección ha vencido a la muerte, para hacernos participantes de aquella justicia que conquistó por Su muerte. Segundo: También nosotros somos resucitados ahora por Su poder a una nueva vida. Tercero: la resurrección de Cristo, cabeza nuestra, es una cierta prenda de nuestra gloriosa resurrección.

El Domingo 17 desarrolla:

La Maravilla de la Pascua

1. Es el sello de la justificación
2. Es la fuente de la vida
3. Es la garantía de la salvación

Repito: La maravilla de la Pascua. Esa maravilla es, en primer lugar, el sello de la justificación. Cristo ha comprado una justicia perfecta para Su iglesia. Él ha merecido el cielo para ellos. Lo hizo en Su sufrimiento y muerte. Por ello, el pueblo de Dios es justificado. Eso quiere decir que son tenidos por justos ante Dios; todos sus pecados les son perdonados. La resurrección del Señor Jesús es el sello sobre esa verdad. Es la evidencia de que el cielo ahora está abierto para ellos. En segundo lugar, esa maravilla de la Pascua es la fuente de la vida. Cristo murió por personas que están espiritualmente muertas. Él resucitó para resucitarlos, para darles una nueva vida: una vida de santidad, una vida en el temor del Señor. Todo eso fluye de Su resurrección. Finalmente, la maravilla de la Pascua es la garantía de la salvación, tanto ahora como en el último día. Es una garantía de la bendita resurrección de la iglesia de Dios.

Primer pensamiento. Es el sello de la justificación.

Congregación, el Domingo 17 es muy breve. A veces, se pueden explicar grandes asuntos con solo unas pocas palabras. En el tiempo de la Reforma, la resurrección de Cristo no era un tema de discusión entre los católicos romanos, los reformadores y los anabaptistas. Todos estaban de acuerdo en que Cristo resucitó de la muerte. Lo consideraban como un hecho que no podía ser puesto en duda. Si nuestro Catecismo de Heidelberg hubiera sido escrito en nuestro tiempo, es probable que el Domingo 17 sería mucho más largo. En nuestra sociedad moderna, la resurrección física de Jesús es negada por muchos. Incluso los llamados cristianos y teólogos se sienten avergonzados de este milagro porque no pueden comprenderlo con sus mentes y temen ser ridiculizados por el mundo. Arqueólogos autoproclamados nos dicen que han encontrado los huesos de Jesús en un barrio de Jerusalén, lo cual es, por supuesto, un completo disparate. Es solo otro engaño del diablo para socavar los fundamentos de la fe cristiana. Si Jesús no ha resucitado, entonces el mensaje de los apóstoles simplemente no es verdadero. Entonces podemos cerrar la Biblia y deshacer la iglesia. Entonces no queda ningún futuro para el pueblo de Dios, ninguna esperanza y ninguna certeza de que el sacrificio de Cristo haya sido aceptado por Dios.

Por lo tanto, congregación, el asunto de la resurrección de Jesús es tremendamente importante. Tenemos que velar aquí. Algunos podrían estar inclinados a pensar: “Bueno, no es de tanta importancia saber que Él en realidad ha resucitado. Lo importante es que Jesús vive en nuestros corazones.” Eso suena bien, pero, de hecho, es una mentira piadosa. Si Jesús no se ha levantado del sepulcro, ¿cómo puede Él venir y vivir en nuestro corazón? Incluso nuestros hijos pueden

entenderlo. Si no hubiera sol, ¿cómo podría el sol darnos calor y luz? De la misma manera, no puede haber calor ni luz espiritual en nuestras vidas si Jesús no ha resucitado. Su resurrección es una de las piedras angulares; sí, es *la* piedra angular de la fe cristiana.

*La piedra que desecharon,
La angular es ya;
¡Cuán grande es la obra de Dios!
¡Cuán desconocida!*
(Salterio 318:3).

¿Cómo sabemos que Cristo ha resucitado? Lo sabemos, en primer lugar, porque fue *predicho* en el Antiguo Testamento. Ya lo escuchamos en el Salmo 16. Isaías también habló del Siervo Sufriente que sería exaltado a lo sumo. La resurrección de Jesús fue predicha, pero también *prefigurada* por las sombras y tipos en personas como Job, Jonás, José y David. A través del sufrimiento y la humillación, ellos fueron llevados a la gloria y honra. Eran tipos o sombras de Cristo. Eso quiere decir que, cuando usted los considera, puede ver algo del Señor Jesús.

En el Nuevo Testamento, sin embargo, vemos el *cumplimiento* de las profecías y sombras. Mateo nos cuenta sobre los soldados romanos que tuvieron que custodiar el sepulcro en el cual el cuerpo de Jesús había sido depositado. Estos hombres dijeron que los discípulos habían venido y robado el cuerpo del Señor Jesús mientras ellos dormían. Eso no suena tan creíble, ¿verdad? Soldados romanos que se habían quedado dormidos; soldados dormidos que, sin embargo, vieron lo que sucedía a su alrededor; soldados indignados que estaban convencidos de que el cuerpo de Jesús había sido robado y que, a pesar de eso, no procesaron a los culpables. Un niño puede demostrar que no dijeron la verdad. Simplemente fabricaron una mentira. Incluso en esa mentira, confirmaron la verdad de la resurrección de Jesús: “*Verdaderamente el Señor ha resucitado*” (Lucas 24:34).

En su Primera Epístola a los Corintios, el apóstol Pablo presenta pruebas y evidencia. Él dice: “Ha habido apariciones del Salvador resucitado, y hay testigos que pueden hablar”. En el día de Su resurrección, el Señor Jesús apareció a María Magdalena, a las otras mujeres, a Cefas, a Cleofas y su amigo en el camino a Emaús, y a diez de Sus discípulos en Jerusalén. Una semana después, apareció también a Tomás.

En una ocasión, Cristo apareció a quinientos hermanos. Cuando Pablo escribió esto, la mayoría de ellos aún estaban vivos. El apóstol informa a sus lectores de ese hecho. En otras palabras, él dijo: “Ustedes pueden ir a conocerlos, si lo desean. Si aún dudan de que el Señor Jesús ha resucitado, entonces pregúntenles a ellos lo que han visto”. Todas estas apariciones demuestran que la resurrección física de Jesucristo es un hecho. Verdaderamente Él ha resucitado. No hay duda acerca de ello.

Congregación, esta resurrección es la obra de un Dios Trino. Ese es otro aspecto importante a tener en cuenta. Es, en primer lugar, la obra de Cristo mismo. Él dijo: *“Destruid este templo, y en tres días lo levantaré”* (Juan 2:19). Él levantó el templo de Su cuerpo.

La resurrección de Jesús fue también la obra de Su Padre. Cuando Cristo entregó Su vida, dijo: *“Consumado es”* (Juan 19:30). Y luego dijo: *“¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!”* (Lucas 23:46). Después de eso, entregó el espíritu. Tres días después, Dios el Padre lo resucitó de nuevo. Pronunció Su “Amén”. Le dijo, por así decirlo: “Estoy satisfecho con Tu obra, Hijo mío. La acepto, y muestro mi aprobación resucitándote de entre los muertos”. Fue el Juez Celestial quien libró a Cristo de Su prisión. En el estado de Su humillación, Jesús fue considerado como un pecador. Él fue tratado como un criminal condenado no porque Él hubiera cometido pecado, sino porque Él había tomado el lugar de Su pueblo. Así, fue deudor a la justicia de Dios. Él tuvo que obedecer la ley y llevar su castigo. Sin embargo, cuando lo había hecho, cuando había pagado todo y expiado la culpa de Su pueblo, el Padre dijo: “Ahora yo abro las puertas de la prisión. Todo ha sido enderezado. Mi justicia ha sido satisfecha”. Entonces el Padre envió a los ministros celestiales para abrir la puerta del sepulcro y liberar a Cristo. Los días de Su sufrimiento se habían acabado. Por eso, podemos decir que la maravilla de la Pascua es el sello de la justificación.

Hagámoslo un poco más personal. Nuestro Catecismo de Heidelberg pregunta cuál es el provecho de todo esto. La pregunta es: “¿Qué les aprovecha la resurrección de Cristo al pueblo de Dios?” ¿Es esa la pregunta? No, no lo dice. ¿Dice entonces: “¿Qué le aprovecha a mi prójimo la resurrección de Cristo?”? No, dice: “¿Qué *nos* aprovecha?” Esa pregunta personal es sumamente importante. Debemos recibir el beneficio, el consuelo de lo que Cristo hizo como Mediador. En otras palabras, la obra que Él cumplió debe ser aplicada; debe convertirse en *mi* propiedad. La gloriosa salvación que Él ha merecido debe convertirse en *mi* salvación. Yo debo recibir su provecho. Ténganlo en cuenta.

La fe verdadera no es solo creer que Jesús ha resucitado de entre los muertos. No es simplemente creer que una afirmación es verdadera, sino significa encomendarse a Aquel que vive. Significa creer en Aquel que ha resucitado. En Romanos 10, Pablo dice: *“Si confesares con tu boca al Señor Jesús, y creyeres en tu corazón que Dios lo levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, mas con la boca se confiesa para salvación”* (Romanos 10:9-10). La fe salvadora es creer con el corazón. El apóstol lo enfatiza: *“Porque la Escritura dice: Todo aquel que en él cree no será avergonzado”* (versículo 11), y otra vez: *“porque todo aquel que invoque el nombre del Señor será salvo”* (versículo 13).

Congregación, debemos velar. Por un lado, existe el peligro de hablar del Señor Jesús de una forma emocional y llamarlo nuestro Salvador sin tener una base bíblica y experiencial sobre el

cual estar de pie. El otro peligro es que hablemos de Él con una fe histórica, mientras que el corazón permanece frío. Entonces, podemos saber mucho sobre la historia, pero no es un asunto personal; no es una fe viva.

El Catecismo, sin embargo, habla de la resurrección de Cristo de una manera personal. El Redentor ha vencido a la muerte “para hacernos participantes de aquella justicia que conquistó por Su muerte”. Ese es el primer beneficio de Su resurrección: la justicia de Cristo es aplicada. No puede ser tomada; no puede ser robada; tiene que ser dada. Cristo mismo es quien la da. Él ha merecido esa justicia como el Salvador que murió, pero también la da como el Salvador que resucitó. En Apocalipsis 19 leemos que a la esposa de Cristo le es concedido ser vestida de lino fino. No toma ese vestido, sino que lo recibe. En Zacarías 3 leemos que Josué, el sumo sacerdote, primero tenía que ser despojado de sus vestimentas viles antes de poder ser vestido con aquella manta de justicia y las ropas de salvación.

¿Cuándo sucede? ¿Cuándo se da el manto de la justicia de Jesús? ¿Cuándo son imputados sus méritos? Ocurre el día en que uno es convertido; en el momento mismo de la regeneración. El momento en que el pecador es llamado de las tinieblas a Su luz admirable es la hora del beneplácito de Dios. Es la hora en que Cristo toma Su justicia y la aplica al pecador.

¿Lo *sabe* el pecador? ¿Lo percibe inmediatamente? ¡En absoluto! En la hora en que se abren sus ojos, es llevado a ver la justicia de Dios. En lugar de ver la justicia de Cristo, ve la injusticia de su propia vida. Se despierta y tiembla. Dice: “Oh Dios, ¿qué debo hacer para ser salvo?” Eso es lo que sucede, jóvenes, cuando son convertidos. Andan por esta vida con una herida profunda en su corazón. No la pueden explicar a otras personas, pero siente el dolor del pecado. No hay lugar más precioso para usted que la casa de Dios; no hay palabra más dulce para usted que la Palabra de Dios; no hay personas más estimadas por usted que el pueblo de Dios, pero usted no tiene nada. Todo lo que tiene es pobreza y tristeza, y sin embargo, no lo cambiaría ni por un millón de dólares. Teme engañarse a sí mismo. Por eso, usted clama: “Oh Señor, ¡guárdame de una falsa conversión! No permitas que mis afectos desaparezcan, antes, por favor, penetra hasta la raíz de mi existencia pecaminosa. Haz manifiesta la plaga de mi corazón. ¡Conviérteme tal como conviertes a todo Tu pueblo!”

¿Hay tales jóvenes en la iglesia? Podría ser. ¿Por qué no? El Señor ha dicho que perfeccionaría Su alabanza incluso de la boca de los niños y de los que maman (Salmo 8:2). En las profecías de Zacarías leemos que Jerusalén será llena de niños y niñas jugando en sus calles. Dios aún no ha acabado Su obra. Hay aún otras ovejas que deben ser recogidas. Queridos niños y niñas, pídanle al Señor: “¿Puedo ser yo uno de ellos? Oh Señor, ¡haz lugar para Ti en mi corazón!”

El Salvador tiene tan grandes y hermosos dones, pero no los puede dar a menos que nuestras manos estén vacías. Por eso debemos perderlo todo y llegar a ser criaturas indignas. Debemos

ser cortados de cada falso fundamento y ser escondidos en Cristo. ¡Oh, cuando la justicia de Cristo nos es dada, llega la Pascua a nuestras vidas! Muchas veces, usted puede haber dicho sin pensar: “Oh, es Pascua de nuevo”. Pero entonces llega la Pascua en el sentido profundo de la palabra.

Congregación, es una bendición tan grande cuando puede llegar a ser Viernes Santo en el corazón de un pobre y necesitado pecador. Es algo inolvidable cuando, por la fe, puede ver a un Salvador sangrando y agonizando y oírle decir: “Yo he muerto en tu lugar para que no perezcas para siempre”. Ese es el fruto de Viernes Santo. En ese día memorable, la culpa del pueblo de Dios le fue quitada. Sin embargo, el Padre aún tenía que hablar. Eso sucedió en el Domingo de la Pascua. Entonces el Padre envió a Sus ángeles para abrir el sepulcro. Entonces entregó un recibo de pago a Su Hijo. Le dio la evidencia de que todas las deudas fueron canceladas y que ya no quedaba nada por pagar. ¡Oh, si hubiera incluso un solo pecado de la iglesia que no hubiera sido expiado, el sepulcro no se habría abierto!

¡Qué maravilla cuando los hijos de Dios son guiados en este misterio! ¡Cuando pueden oír la voz de un Juez reconciliado y cuando Él dice: “*No hay enojo en mí*” (Isaías 27:4)! ¡Cuando pueden recibir la piedrecita blanca de absolución y experimentar la comunión con Dios por medio de Cristo! Oh, entonces llega la Pascua en sus vidas. Entonces pueden repetir las palabras del apóstol Pablo en Romanos 4, que Cristo fue entregado por nuestras transgresiones, y que fue resucitado para nuestra justificación (versículo 25). Esa es la Pascua. Es un título para el cielo; es un derecho a la vida eterna. Viernes Santo significa el perdón del pecado, pero la Pascua significa el derecho a la vida eterna.

Así, la Pascua es una bendición especial en la vida de gracia. Es esa gran bendición de la cual Job testificó cuando estaba sentado en el montón de ceniza: “*Yo sé que mi Redentor vive*” (Job 19:25). Eso es la Pascua. En los días de Job, Cristo aún no había resucitado. Ni siquiera había venido a este mundo todavía. Sin embargo, Job recibió el provecho de Su obra. Llegó la Pascua para él siglos antes de la resurrección de Jesús de entre los muertos. No necesita ocurrir en la primavera. Puede suceder en noviembre.¹ Sucede cuando el Señor viene para librar el alma. Pablo dice: “*Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó*” (Romanos 8:34). Hay un beneficio especial en la resurrección de Jesús, algo que sobrepasa el beneficio de Su muerte. Nuestra *Liturgia Para la Celebración de la Santa Cena* dice: “*Cristo murió por nosotros. Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira. Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida*”.² ¡Esa es la maravilla de la Pascua!

¹ El autor hace referencia a las estaciones de América del Norte, donde la Pascua ocurre en la primavera.

² “Liturgia para la Celebración de la Santa Cena” en *El Salterio*, (AMRB), 461.

¿Ahora entendemos por qué Satanás está trabajando horas extras para socavar este fundamento de la iglesia? Él entiende cuánto consuelo hay en la resurrección de Jesús para el pueblo de Dios, tanto grandes como pequeños. No decimos que todos los hijos de Dios se gozan de este consuelo en la misma medida. Sin embargo, la totalidad de la iglesia es justificada en la resurrección de Cristo. El ejercicio de la fe puede ser muy débil, pero en la fe en sí misma no hay duda, y cuando la fe es hecha activa, cuando la fe puede madurar, abrazará a la Roca de la Eternidad. Cuando la fe irrumpe, puede extraer miel de la Roca. Se maravillará ante la gran maravilla de la Pascua. La considerará el sello de la justificación, pero también la fuente de vida. Ese es nuestro segundo pensamiento.

Segundo pensamiento. Es la fuente de la vida.

Nuestro Catecismo dice: “también nosotros somos resucitados ahora por Su poder a una nueva vida”. Aquí el Catecismo apunta al nuevo nacimiento, la maravilla de la regeneración, el milagro de la conversión. Por naturaleza, estamos muertos en pecados y somos incapaces de hacer lo bueno. Tal como una persona muerta no puede levantarse del sepulcro, así ningún pecador puede levantarse de su estado inconverso. El Señor tiene que obrar esa maravilla de la que leemos en Efesios 5: “*Despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo*” (versículo 14). ¿Ha sucedido ya esa maravilla en su vida? ¿Ha hablado el Señor con tanto poder, con tanta dulzura y majestad que usted *tuvo* que resucitar? Esa es la maravilla de la conversión. Es el regalo de la nueva vida.

¿Cómo se revela esa nueva vida? Se manifiesta en amor —amor por Dios, amor por nuestro prójimo y, especialmente, amor por el pueblo de Dios. Entonces el mundo pierde su resplandor, y el pecado se convierte en muerte para el alma. Prefieren morir que seguir pecando contra ese Ser bondadoso. Prefieren mendigar por pan durante el resto de su vida que volver al mundo de nuevo. Sienten que el Señor es tan digno de ser servido, incluso si no hubiera un cielo ni un infierno. No, no pueden servirlo como deberían, pero Su poder se perfecciona en su debilidad. Es el poder del Cristo resucitado. Eso es lo que nos dice el Catecismo en el Domingo 17. La resurrección de Jesús no es solamente el sello de la justificación; es también la fuente de la vida.

El anterior Domingo nos mostró el provecho de la *muerte* de Jesús. Ese beneficio es la crucifixión del viejo hombre. La naturaleza vieja recibió un golpe fatal por la muerte de Cristo. El Domingo 17, por otro lado, nos muestra el provecho de Su *resurrección*. Un nuevo hombre nace, y el fruto de la nueva vida se ve, gracias a la resurrección de Jesús. Congregación, eso debe ser visible. Podemos decir mucho, pero en una santa manera de vivir debe manifestarse que nosotros hemos, de hecho, resucitado de la tumba del pecado. Si hablamos de la gracia, pero aún nos entrometemos con el pecado, tenemos una religión extraña. Por un lado, no es la religión de la Biblia, ni la de nuestro Catecismo de Heidelberg. El Señor Jesús dice: “*Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitaré*” (Juan 15:2). Los pámpanos vivos llevarán fruto por el poder de Cristo.

La resurrección de Cristo es la fuente de la vida. Pueblo de Dios, ¿oyen eso? En ustedes no hay poder. No pueden matar un solo pecado, ni aun el más pequeño de sus pecados. Pero en Él hay poder. Con Él hay vida. Por Él hay victoria. Él dice: *“porque yo vivo, vosotros también viviréis”* (Juan 14:19).

Debemos morir a nosotros mismos para vivir para Él. Ah, puede haber tanta lucha y conflicto en el corazón. *“Porque la carne desea contra el Espíritu y el Espíritu contra la carne”* (Gálatas 5:17). Hay tiempos en que los que temen al Señor dicen: “Ya no me reconozco. ¿Cómo puede coexistir todo esto con la gracia? ¿También el pueblo de Dios pasa por todo esto?” Sí, pasan por ello. Romanos 7 lo deja muy claro. Pablo dice: *“Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago”* (versículo 19). En otras palabras: “El mal que no me gusta hacer, eso es precisamente lo que termino haciendo”.

Querido amigo, si esta también es su experiencia, usted no queda fuera de la Palabra de Dios. Ciertamente, hay razón para avergonzarse. Cuando el pecado tiene la ventaja, es siempre porque no hay una cercanía con el Señor y no se experimenta comunión con Cristo. Puede todavía haber *unión* con Cristo, pero la *comunión* con Cristo es una cosa distinta. El pecador que ha sido injertado en Cristo jamás será separado de Él, pero puede carecer de la comunión viva con Él. Y es esa comunión la que es tan necesaria.

Oh pueblo de Dios, busquen vivir cerca de Él. Pidan al Señor resucitado el poder de Su resurrección y por la fuente de esa nueva vida. Esperen en el Señor en toda su debilidad y en toda su incapacidad. Esperen a Jehová, y Él fortalecerá su corazón.

Cantemos de eso primero del Salterio 73, las estrofas 5 y 6.

* * * * *

Tercer pensamiento. Es la garantía de la salvación.

La maravilla de la Pascua no es solo el sello de la justificación, no es solo la fuente de vida y santidad, sino que es también la garantía de la salvación, de la salvación *perfecta*. Ese es nuestro tercer punto. La resurrección de Cristo después de tres días es una prenda segura de la resurrección física del pueblo de Dios en el último día. Es también una garantía de la vida eterna. Esperamos oír más acerca de esto en el Domingo 22. Por esa razón, no lo elaboraremos tanto ahora; sin embargo, sí queremos mencionar algunas cosas.

Congregación, niños y niñas, la Biblia nos enseña que todos resucitaremos en el último día. Cuando el Señor Jesús regrese, las tumbas se abrirán, y aun los mares y océanos devolverán a

los muertos. ¡Qué evento majestuoso será ese! Será un día terrible para aquellos que se han endurecido contra Dios y el Mesías, para aquellos que han permanecido inconversos a pesar de todas las serias advertencias y las amorosas invitaciones. ¡Qué terrible día será cuando su tumba se abra y su cuerpo se levante para comparecer ante el tribunal de Dios con terror! Sin embargo, ¡qué día glorioso será para aquellos cuyo hogar ya no estaba aquí abajo! Nunca podremos expresar lo que será ese día, el día de la resurrección de los muertos, cuando Cristo regresará no solo como el Juez de los impíos, sino también como el Esposo de la iglesia escogida, de un pueblo que recibió de la mano de Su Padre y al que amó tanto.

Los anticipos de ese día se reciben ya en esta vida. Esos momentos son preciosos, pero normalmente son cortos. Si esos momentos fueran demasiado frecuentes y duraderos, el pueblo de Dios se volvería incapaz de vivir en este mundo. No han sido prometidos dos cielos. Aquí forman parte de la iglesia militante, y allí pertenecerán a la iglesia triunfante. El Señor da esos momentos y anticipos para fortalecer sus corazones para la lucha que aún queda por delante de ellos. Los sostiene en todas sus aflicciones y les hace anhelar la plena herencia. Y si esos anticipos del cielo ya son tan dulces, ¿qué será el cielo mismo? ¿Qué será gozar de esa plena comunión con Dios y Cristo y de esa hermandad con toda la iglesia redimida?

Cuando los hijos de Dios mueren, niños, sus almas parten para estar inmediatamente con el Señor Jesús. Pero, cuando Cristo regrese, sus cuerpos serán resucitados en gloria e incorrupción. Serán resucitados para magnificarlo para siempre con cuerpo y alma, para alabar al Padre, al Hijo, y al Espíritu Santo durante toda la eternidad. Ya es algo grandioso cuando un hijo de Dios puede partir para estar con Cristo, cuando acuesta su cabeza en este lado de la tumba y se despierta al otro lado para contemplar la imagen de Dios en justicia. Eso es grandioso, inmensamente grandioso. Pero hay algo que es aún más grande: El gozo que será su porción el día en que sus cuerpos sean resucitados.

La resurrección de Cristo es una prenda segura, una garantía de que esto ciertamente ocurrirá. Tal como Cristo resucitó, así Su pueblo resucitará en gloria. Jesús compró a Su pueblo con cuerpo y alma, y Él no descansará hasta que también sus cuerpos sean librados de la corrupción. Entonces habrá un nuevo cielo y una nueva tierra, y Dios también morará entre Su pueblo. Él enjugará toda lágrima de los ojos de ellos. ¿*Toda* lágrima, hijo de Dios? Sí, toda lágrima: sus lágrimas por el pecado, sus lágrimas por los muchos ataques y sus lágrimas por los seres queridos que ha perdido, especialmente cuando hay una buena esperanza de volver a encontrarlos. Todas esas lágrimas serán enjugadas de sus ojos.

¡Sólo imaginen lo que será eso! No habrá más tinieblas, ni pecado, ni incredulidad. Nadie dirá: “Estoy enfermo”. Dios estará allí, y Él será todo y en todo. Los impíos ya no vivirán en la tierra. El diablo habrá sido vencido para siempre, y Dios será el objeto de adoración de todo Su pueblo. El Esposo se regocijará en Su esposa, y ella se gozará en Él. ¡Oh, no puede ser comprendido!

A menudo, temores y angustias pueden llenar los corazones del pueblo de Dios, haciéndoles pensar que nunca llegarán allí, pero sí lo harán. La garantía de ello es la resurrección de Jesús. Es la prenda segura de que llegarán a casa.

¿Saben por qué? Porque Cristo es su Hermano, su Hermano Mayor. Él no solo es el Hijo de Dios, el unigénito del Padre, sino que también es el Hermano Mayor de Su pueblo. Él no fallará en cuidar de Sus hermanos menores. Todos ellos están incluidos en Su amor y fidelidad. Él los traerá a Su Padre. Él los guiará a la gloria.

Los hijos de Dios pueden llorar a veces, especialmente cuando uno de sus compañeros de peregrinaje es llevado a la tumba. Ellos lloran, pero no tienen el luto de aquellos que no tienen esperanza. Pueden decir: “Espero verte de nuevo”. Los hijos de Dios nunca se despiden unos de otros para siempre. Nunca tienen que despedirse por última vez, porque se verán de nuevo. Se encontrarán después de esta vida.

Oh, congregación, hay tanto en el Domingo 17. Escuchamos de una herencia celestial y de esa maravilla gloriosa del Salmo 16. Hemos dicho unas palabras acerca de ello, pero nos sentimos como un niño pequeño a la orilla del mar. Aunque hayamos sumergido nuestra copa en el agua, el océano nunca podrá vaciarse. Siempre hay más. ¿Quieren saber lo que es? ¡Entonces rueguen por conversión! Necesitan recibir un nuevo corazón, y aún pueden recibirlo.

No corran tras las vanidades de este mundo. Son como un espejismo. Cuando los viajeros en el desierto a veces se sienten cansados y sedientos, de repente pueden ver un oasis, un lugar con agua. Sin embargo, cuando se acercan, sufren una gran decepción. Solo era imaginación. Pues bien, eso es lo que encontrarán en este mundo. Al acercarse un poco más, resulta ser una ilusión; es peor que nada. ¿No es mejor temer al Señor? ¿No es mejor buscar a Aquel que es tan digno? Nunca se arrepentirán de ello. ¿Qué están esperando? ¿Qué debe suceder todavía en sus vidas? Han sido llamados tantas veces. El Señor ha tocado la puerta de su corazón tantas veces. Oh, es una irresponsabilidad permanecer inconverso. No tenemos ningún derecho a ser inconversos. ¿Escuchan lo que digo? *No tenemos ningún derecho a ser inconversos.*

¿Qué será de usted si ha vivido debajo de esta verdad y, después de todo, le ha dado la espalda? Entonces no quedará nada más que sed, sed eterna. Será enviado al lugar de dolor y tormenta donde crujió sus dientes y donde el gusano nunca muere. Allí dirá: 'Oh, ¡si tan solo hubiera escuchado! Si tan solo pudiera sentarme debajo de la Palabra de Dios una vez más.' Pero entonces será demasiado tarde. Por lo tanto: “*Si hoy oyereis su voz, no endurezcáis vuestro corazón*” (Salmo 95:7b-8a). Si no puede cambiar su corazón, también puede decir: “Señor, ¿quieres quebrantarlo? ¿Quieres doblegarlo? ¿Quieres darme un corazón nuevo?” En la

resurrección de Cristo hay un poder inmenso. Hay omnipotencia y hay vida. Es como un océano. Pide recibir una gota de él. Una sola gota basta para llenar tu corazón y tu vida.

Quizá haya personas aquí que digan: “Pero, ¿ha resucitado Él, en verdad, por mí? He oído hablar muchas veces de Su resurrección, pero ¿ha resucitado Él, en verdad, por mí? Cristo está tan oculto, y yo soy tan obstinado. ¿Cómo llego a donde debo estar? A veces, hay en mí un deseo, si es que no me equivoco, pero parece que voy hacia atrás en lugar de ir hacia adelante.” Escuchen. Nuestro Catecismo dice que Cristo ha resucitado para hacernos partícipes de Su justicia. Debemos perdernos a nosotros mismos. Dirá usted: “Pero si me pierdo, perezco.” Sí, usted perecerá, pero en ese mismo momento, será salvo. Dios será exaltado hasta lo alto, y usted humillado hasta lo más bajo, pero Cristo se volverá precioso, ¡extremadamente precioso!

Sí, yo sé que aquellos que tienen un conocimiento experiencial de esto tan a menudo pueden sentir como si estuvieran en la tumba de nuevo. La última vez oímos de esas agonías infernales. A veces Satanás susurra en los corazones del pueblo de Dios: “Ya no sirve de nada orar. Es mejor acabar con tu vida”. A veces temen que llegarán a blasfemar contra Dios. Sin embargo, hay un Salvador resucitado. *No* perecerán. El Señor se asegurará de ello.

Cuando los hijos de Dios no ven a su Señor y Salvador, se quejan como Job: *“He aquí yo iré al oriente, y no lo hallaré; y al occidente, y no lo distinguiré”* (Job 23:8). Se sienten como María Magdalena, quien dijo: *“Se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto”* (Juan 20:13). Sin embargo, Él regresa. Él siempre regresa. Él nunca los abandona. Y cuando esa sentida comunión falta, todavía permanece la unión del Esposo con la esposa. Ella aún no conoce ni la mitad de Sus riquezas, pero Él es tan fiel. Él es tan grande y tan bueno.

¡Oh, cuán necesario es crecer en el conocimiento de Jesucristo y en el poder de Su resurrección! ¡Qué bendición es poder ver más de los beneficios de la resurrección de Jesús! Cuando Él resucitó de entre los muertos, dejó Sus ropas funerarias atrás en el sepulcro. Así será para el pueblo de Dios. Ellos también dejarán atrás sus pecados cuando mueran. Y cuando Él regrese, recibirán la plenitud de los beneficios de Su resurrección.

Pueblo del Señor, recuerden que Jesucristo ha resucitado de entre los muertos. Amén.

Salterio 203:1,4